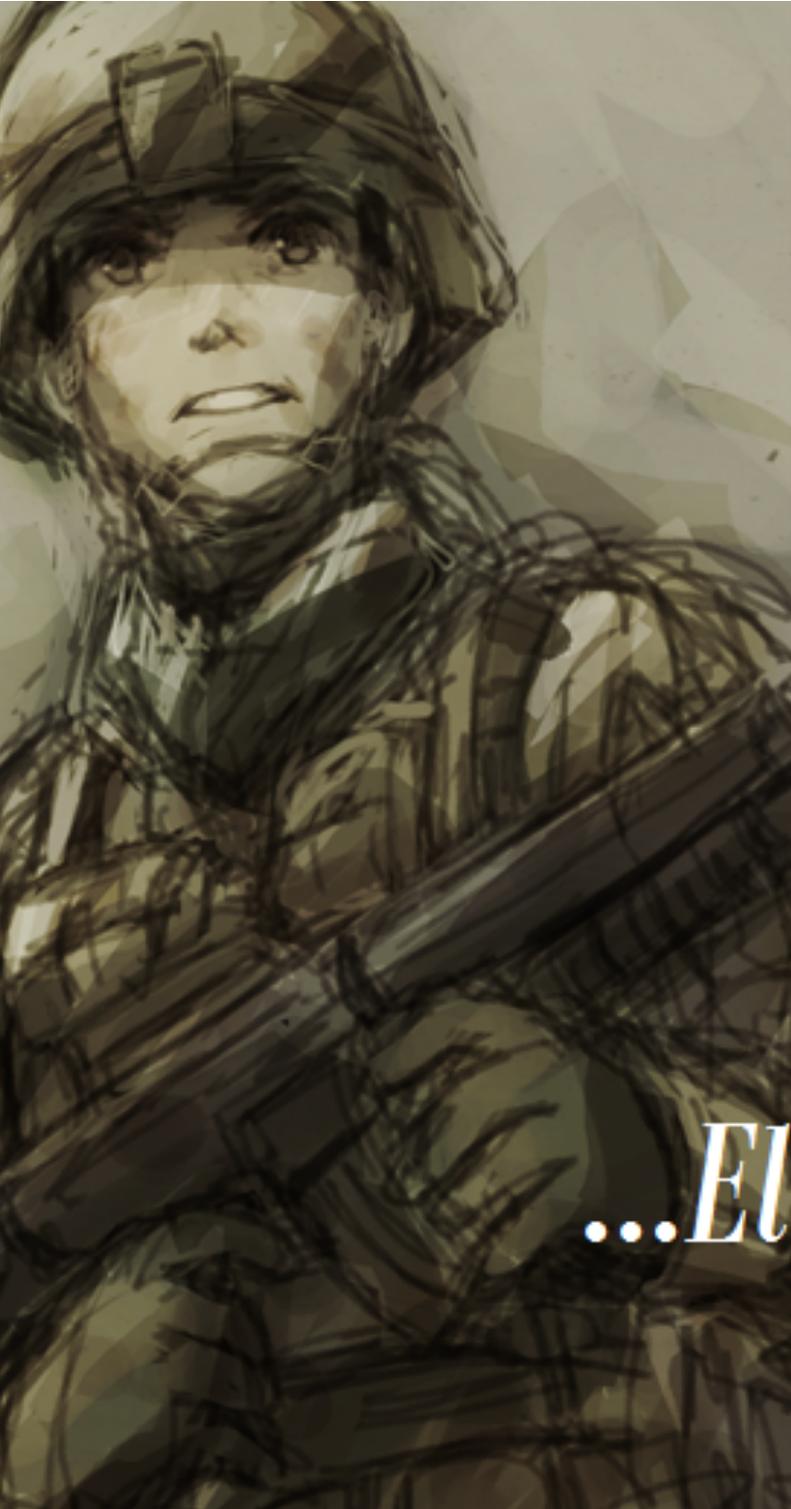


Ella

Karen Bandiera



...*Ella*...

Capítulo 1

Capítulo I

El Comandante Mayor

No sabía coser. Y eso no era lo más grave. Tampoco sabía cocinar ni utilizar una escoba de forma adecuada. Sólo con escuchar la palabra limpieza se agobiaba, y el uso de la lavadora automática le costaba en sobremanera. Plisando la ropa por primera vez, había incinerado varias prendas y, en caso de suerte, les había impreso una marca con la forma de la plancha. Por lo cual, había desistido de planchar. Y lavar los trastos no era tarea que le fascinara ni que la motivara.

Entonces, ¿qué era lo que Ella sí sabía hacer? Bueno, tenía bastante experiencia en tomar armas de fuego que doblegaban su peso y dispararle a las cabezas de sus enemigos; no obstante, no le gustaba alardear sobre el tema. Así que, cuando alguien le preguntaba a Ella sobre sus habilidades, la joven se encogía de hombros y respondía con rudeza:

—No lo sé. Pero si me sigues cuestionando, degollarte podría pasar a ser una de mis habilidades.

Sí, no era muy cortés. Incluso, se la creía algo desagradable. Pero, se podía decir que no era su culpa: desde hacía mucho tiempo que no había ninguna figura íntegra que la instruyera. Y la muchacha, carente de ese modelo, se hizo a sí misma su propio ejemplo a seguir.

Terrible error, opinaban algunos.

Había tomado gusto por mandar, mas icuidado para quien quisiese mandarla! Los puñetazos con la amenaza de cuchillo era algo habitual para los que le daban órdenes. Y aquellos que, indiferentes a los puñetazos y el cuchillo, continuaban diciéndole qué hacer o cómo hacerlo; Ella les daba un turno a cada uno para zambullirlos en la fuente de agua por unos cuantos minutos. De no ser por el Comandante Mayor, más de uno se hubiera muerto ahogado.

El Comandante Mayor de la sección de Ella, era la única persona en toda la liga que podía disponerla a algún trabajo sin recibir ninguna intimidación o golpiza de su parte. La joven, con sus veintitrés años, sólo sabía respetarlo a él. Por este motivo, los Generales, que hacían de cabeza en la liga, le informaban al Comandante las misiones que Ella tenía

que realizar con algo de miedo de hacerlo ellos mismos.

—No quiero ir —Ella se había cruzado de brazos y enfrentaba al Comandante, con desafío en los ojos.

—¡Qué bien! —dijo él, sin mirarla, a medida que escribía en su libreta—. Me parece perfecto que no quieras ir. Pero, nadie te ha preguntado tu opinión.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que irás. Te guste o no.

Ella apretó los puños, claramente enfadada.

—¡Pues, no lo haré, Gen...!

—Comandante —repuso él, alzando la vista por primera vez. Su seriedad la hizo tragar en seco—. Soy Comandante para ti. Y vas a ir, te parezca bien o no, porque así te lo mando.

—¿Tú irás?

—Pregúntalo de la forma debida —decretó el uniformado, volviendo sus ojos a la libreta.

—¿Usted irá, Comandante? —Ella oprimió la dentadura al contestar.

—Sí, iré —suspiró—. Y si no tienes más preguntas te agradecería que te largaras de mi oficina. Tengo asuntos que atender y estorbas.

La muchacha oprimió aún con mayor violencia los dientes, mas no dijo nada. Se limitó a ponerse de pie y abandonar el lugar, sin olvidarse de cerrar *suavemente* la puerta al salir. El Comandante negó con la cabeza y continuó planeando la misión de su sección, con suma calma.

Que Ella se comportara como el demonio, era cosa conocida para él. Por lo menos, daba gracias a que no lo golpeará.

Capítulo 2

Capítulo II

Blanca

Se podía asegurar que Ella no había sido siempre temperamental. Hubo años en los que incluso se comportaba como se espera que toda chica se comporte. Había querido mucho a sus padres y a su hermano menor, tan así que se habían convertido en todo su mundo. Vivía para hacerlos felices y servirlos en lo que podía. Trabajaba por cuenta propia para no ser una carga monetaria para su familia y estudiaba al mismo tiempo. Ella nunca pensaba en sí misma; los rostros de aquellos tres seres que más amaba siempre se figuraban en su mente antes que el suyo propio.

Pero la lucha por la Colonización Universal rompió todo lazo amable. Los que amaban, dejaron de querer, y los que estaban unidos, se separaron. Los vivos morían, y los muertos no eran recordados. Los que ansiaban el poder y la colonia de todos los planetas para su propia beneficencia, llamados *colonizadores de sangre*, emprendieron ofensivas contra los *colonizadores blancos*, cuya única ambición era colonizar de manera pacífica para crear un condominio intergaláctico sin poderosos ni pocos favorecidos. Ambos bandos estaban en guerra, y el que pagaba sin culpa de nada era el pueblo.

Sangre contra *Blancura* batallaban con las más terribles y modernas armas, y los que morían eran los trabajadores, quienes sólo habían manejado un tipo de armas: la pala de excavar la tierra y el martillo de carpintería. Tanto un grupo como otro comenzaron a reunir voluntarios puesto que su ejército disminuía considerablemente en cada ataque, y los "voluntarios" eran sacados forzosamente de las humildes localidades.

La familia de Ella Qualój no salió ilesa. Un día, luego que los trabajos en el campo terminaran, el padre no retornó a casa. Y a medianoche llegó la noticia, por medio de un campesino, que se lo habían llevado para prestar sus servicios al ejército.

—¿A cuál? —indagó la madre, con amargura.

—No lo sabemos. Los que se lo llevaron vestían de civil —respondió el campesino—. Pero, ¿qué importa? Sea a *Sangre* o a *Blancura*, morirá.

¡Como todos nosotros aquí!

Y era cierto. El ciudadano, el pueblerino, el que nada tenía que ver en la guerra, tenía las mismas (o más) posibilidades de morir que un soldado posicionado en primera línea. La situación era alarmante. Sin embargo, ninguno de los bandos cedía, a pesar de los desastres.

El hermano se lanzó, atemorizado, al regazo de Ella. Temblaba. Su llanto desesperado, provocado por el miedo y por su padre desaparecido, hizo que la joven de catorce años no fuera capaz de apartarlo. Ella no lloró, no podía hacerlo. Sus ojos permanecieron secos y sus labios mudos. Si su madre no era fuerte ante aquella situación, la muchacha misma tomaría el lugar de su padre.

Ella asimiló muchas cosas a partir de ese momento. Todas las niñas y jóvenes de su edad eran educadas en cocina, en maternidad y demás. Pero Ella, al ser el padre de la familia Qualój, no pudo ser enseñada en esas materias. Mientras su vecina, Lina, aprendía que la tarta de manzana llevaba una taza de leche, huevos y harina de repostería; Ella aprendía que dos mil pesos mensuales sólo servían para los impuestos y un poco de comida. Nada de ahorros, nada de vestimenta nueva, nada de artefactos de limpieza nuevos, ni mucho menos bisutería, maquillaje o adornos. Pasaba la mañana en el trabajo y en la tarde sacando cuentas para distribuir el caudal lo mejor posible.

Mientras Lina adquiría la costumbre de lustrar el piso; Ella adquiría la costumbre del hambre, de economizar agua y luz eléctrica, de utilizar el rastrillo en el campo. Mientras a Lina le enseñaban la suavidad de la maternidad; Ella experimentaba lo que significaba esa rudeza mezclada con dulzura de ser padre. Si su hermano se lastimaba, corría entre lágrimas a los brazos de la madre. Cuando le entregaban el cuadernillo de notificaciones en la escuela, se lanzaba orgulloso a los brazos de Ella. Y Ella le sonreía, de esas sonrisas que se expresan en los labios pero no llegan a brillar en los ojos. El pequeño había reemplazado a su padre por su hermana y luego, lo había olvidado.

Pasó un año. Nadie supo dónde estaba el padre de los Qualój ni qué le había sucedido. Lo único de lo que se estaba seguro era que no había regresado y que Ella continuaba siendo la cabecera y sustento de la familia.

Para ese tiempo, las luchas entre los *colonizadores de sangre* y los *blancos* se hicieron más violentas y se extendieron por toda la Tierra. Hasta que, inesperadamente, llegaron a la casa de la pobre joven.

En ese momento, Ella aprendió algo nuevo que no había aprendido antes: la mejor táctica de disparo con arma de fuego. Se lo enseñó uno de los *colonizadores* cuando, tras negarse la muchacha en ser partícipe de su

ejército, le disparó a su madre y luego a su hermano sin la piedad y misericordia que hacen a un hombre, humano.

Ella tampoco lloró en esa ocasión. No tuvo tiempo ni siquiera de hacer una mueca, puesto que cuando el *colonizador* la apuntó para dispararle, él apareció. Era otro *colonizador*, un contrario del asesino de su familia. Sin pensarlo dos veces, se deshizo de este último con serena frialdad y tomó a la joven del brazo, sacándola del desastre.

—Desde ahora eres blanca —sentenció. Y Ella, en medio de la agitación, de las calles y edificios en llamas, del estremecedor estruendo de los tiros, del silencio de los muertos y de los gritos de los vivos, sólo supo desvanecerse.

Capítulo 3

Capítulo III

Sólo Ella

Ella despertó sumamente desorientada y sin recuerdo alguno. Estaba recostada en una camilla de blancas sábanas, en el centro de una vacía habitación. Era un poco diferente a los hospitales o centros médicos del pueblo, éstos usualmente carecían de instrumentos tecnológicos y enseres; pero el cuarto limpio, ordenado, lujoso y tan bien equipado e iluminado en el que Ella se encontraba era todo lo opuesto. ¿Se encontraba, entonces, en la ciudad?

Su primer pensamiento fue: «¿Qué hago aquí? ¿Dónde estoy? ¿Qué ocurrió?». Lo usual en una persona amnésica. El experimentado sujeto con túnica nívea y anteojos gruesos que cruzó el umbral de la puerta y examinó, sorprendido, a su paciente, le dio a entender a Ella que se encontraba en un hospital prestigioso y que algo, fuere lo que fuese, le había sucedido.

—Hola —saludó el hombre, con voz ronca, mientras hacía un esfuerzo por sonreír.

Ella hizo un movimiento con la cabeza, incapaz de articular una palabra.

—¿Cómo te sientes? —la joven se miró y no encontrando herida o magulladura que le indicase dolor, levantó los hombros—. Mejor así. ¿Podrías decirme tu nombre, por favor? Necesito completar tu formulario...

La muchacha bajó la vista y jugó con sus dedos, intentando aclarar su mente aturdida. ¿Cómo se llamaba? ¿Había tenido, acaso, algún nombre? ¿Por qué se había olvidado de todo?

Cuando el doctor encontró el formulario de Ella que tenía que rellenar, alzó los ojos y esperó por una respuesta.

—¿Y bien?

—No... no lo sé —dijo Ella. En ese instante, se dio cuenta de qué áspera

tenía la garganta.

—Oh —musitó el médico, frunciendo el ceño—. Debes de estar sufriendo un tipo de amnesia. No te preocupes, dentro de poco regresarán todos tus recuerdos. Esperemos que no dure tanto tiempo.

—¿Qué pasó? —se aventuró a preguntar.

—Eso lo sabremos cuando recuerdes. Tengo una ligera idea por lo poco que escuché del teniente que te salvó, pero no conozco mucho más...

—¿Un teniente? ¿Me salvó? Pero, ¿de qué?

—No puedo contarte, en casos de amnesia nada que yo diga puede obligar al amnésico a recordar. El paciente lo tiene que hacer por sus propios medios...

Una enfermera de largo cabello castaño y ojos pequeños entró a la habitación con unos papeles en la mano.

—¿Cómo se encuentra ella? —inquirió la mujer al médico.

—Presenta un pico alto de amnesia global, pero no tiene ninguna lesión física exterior ni interna. El teniente la ha cuidado muy bien en el camino, a pesar que sufrió un desvanecimiento imprevisto cuando la sacó de su casa.

—¿Mi... casa? —habló la joven, interviniendo en la conversación.

La enfermera la miró por un segundo y continuó su plática profesional con el doctor bajando el tono de su voz.

—¿El teniente no habló de algún pariente cercano, o conocido presente ese día?

—No hubo sobrevivientes —indicó el hombre, tornándose sombrío—. Los *de sangre* se han portado como animales. Arrasaron con todo. Ella hubiera muerto también si el teniente no la hubiera encontrado antes que el *colonizador* le disparase. Tuvo mucha suerte.

—Sí —asintió la enfermera. Hubo un silencio de unos segundos hasta que prosiguió—. ¿Con qué nombre la podremos identificar?

—Bueno, no podemos esperar a que ella lo recuerde... Ella... —el doctor se quedó pensativo—. Ella. Así la llamaremos hasta que se le quite algo de la amnesia —alzó la voz y desvió los ojos hacia la muchacha—. Niña, serás

Ella si estás de acuerdo.

—No soy ninguna niña —señaló la joven, tensándose—. Y sí, estoy de acuerdo.

Ella permaneció en el mismo cuarto resplandeciente y era visitada por uno o dos doctores por día. Su humor ennegrecía cada vez más, de sólo ver esas cuatro paredes sobrias y la ventana tapiada por cortinas automáticas de láminas de metal. Otra enfermera, la que le llevaba la comida, corría las cortinas con una especie de control remoto de televisión y le prohibía acercarse a mirar lo que había afuera. Antes de marcharse con los trastos usados por Ella, la mujer volvía a correr las cortinas. La joven ya no recordaba la forma o el color del sol ni del calor de sus rayos. Ni siquiera sabía si estaba en el primer piso, o el tercero, o el decimocuarto; si es que ese hospital tenía esa cantidad de pisos. Tampoco conocía si enfrente del mismo había otros edificios o no. Todo para Ella era un misterio que se convertía en uno más profundo a medida que avanzaban los días.

El primer recuerdo que tuvo, tardó dos meses en aparecer. En un principio, no pudo juzgarlo como un recuerdo concreto, mas fue el nombre de recuerdo que le dio el médico tras estudiar el caso y no otro.

—Sí, has recordado —afirmó, luego de escucharla—. Tenías una casa de dos pisos en Seyfrid. Tal como lo describiste.

El segundo recuerdo estaba relacionado con una mujer de estatura media, con rizos color almendra y mirada turbada. La había figurado llorando y tomándose la cabeza con ambas manos con gran desesperación. El doctor se rascó la barbilla y se dirigió a la enfermera auxiliar:

—Manda a llamar al Teniente Niceas, por favor.

El teniente, desconocido de rostro y de nombre para Ella hasta ese momento, se asomó por la puerta del dormitorio horas más tarde.

—¿Me llamaba, Dr. Onilec?

El Teniente Niceas era un señor de barba ligeramente recortada, con ojos avellanados de color verde turbio. Su piel era morena y firme, pero ésta comenzaba a ser irregular en su cuello: varias y notables cicatrices se le veían del mentón hasta lo que dejaba ver el pequeño escote que producían los primeros botones informalmente desabrochados de su camisa. El único indicio de que aquél no era un civil más, era la placa esplendente que tenía en el pecho y en la cual rezaba: *Teniente de Sección 3-A*.

—Sí, teniente. Por favor, pase. Quiero que conozca a la persona que le debe un poco más que eterno agradecimiento —comentó el médico,

haciéndose un lado y dejando espacio para que él entrara.

Niceas asintió y, dando un paso dentro con suma seguridad, sonrió a Ella.

—Hola.

—Hola —contestó Ella, sin devolverle la sonrisa. Para la joven, ese señor era un simple hombre más como los que había visto ir y venir por el pasillo.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Gra-gracias por salvarme. Aunque no recuerdo de dónde ni de qué, ni cuándo.

El teniente empequeñeció la sonrisa.

—Será sólo cuestión de tiempo para que lo recuerdes. No te preocupes —diciendo esto, se volvió al médico y lo interrogó con la mirada.

—Lo hemos mandado a llamar, Teniente Niceas, por una pregunta que es algo crucial para que estemos seguros que Ella está recuperando la memoria y no imaginando cosas —explicó el doctor. El teniente afirmó con una cabeceada—. ¿Recuerda, usted, a alguna mujer con rizos de castaño claro en la casa donde la sacó?

—Mmm... A decir verdad, no presté mucha atención...

—Haga el esfuerzo. ¿Siquiera había una mujer presente? ¿O una simple figura que logró divisar antes de llevarse a Ella?

—Bueno, había una señora —musitó el teniente, dejando de mirarlo.

—Oh, eso es bueno —vitreó el médico, con algo de satisfacción.

—No lo creo —el rostro de Niceas se volvió opaco—. La señora no estaba... viva y coleando, si es ésa la expresión correcta.

—¿Qué quiere decir?

—La mujer que yo vi estaba inerte en el piso, la única en pie era esta niña —explicó—. Y cuando la saqué de ese lugar, nunca se detuvo a decirme que salvara también a su familia. Asumo que ella estaba segura que esa señora estaba muerta y que no había ninguna razón para volver a esa casa.

—¿Habrá sido su madre? —interrogó el doctor Olinec, plegando los

formularios inconscientemente.

—No lo sé. La niña se desvaneció muy pronto en mis brazos como para darme tiempo a preguntarle algo —dijo el teniente, despeinando su corto cabello con algo de frustración—. Lamento ser impertinente en este momento, pero necesito regresar al Cuartel. Mi misión sale en dos horas.

—No se preocupe, Teniente —el doctor agitó las manos, intentando despreocuparlo—. Nos ha sido de mucha ayuda. Muchas gracias.

—Sabe que estoy para servirlo —Niceas estrechó la mano del médico y preguntó—. ¿La niña aún no recuerda su nombre?

—No, así que decidimos llamarla Ella por el momento —respondió Olinec, posando sus ojos mustios en la muchacha que veía a ambos imponentes hombres con especial atención—. Sólo Ella.

Capítulo 4

Capítulo IV

Soldado Ella

Recuperó la memoria un año y medio más tarde a ese extraño encuentro entre el médico y el teniente. Pudo, para su gran alivio, abandonar el horrible cuarto monótono cuando sostuvo en alto la hoja de papel que autorizaba su ida.

Se despojó, entonces, de la camisola de lino que la había ataviado durante su tiempo de paciente y se acicaló para el afuera. Las ropas que alguna vez había vestido en Seyfried habían sido desechadas por la enfermera y reemplazadas por una blanca camisa de algodón y poliéster, un pantalón largo y argénteo de dril y un par de robustas botas morenas con puntero de metal. La desdeñable figura que se reflejaba con desánimo en el espejo de pie, ubicado éste en el baño, parecía un obrero de construcción matizado de blanco. Una recóndita y pequeña parte de su subconsciente extrañaba de manera irracional el overol con peto y tirantes que había solido vestir para su trabajo entre los labrantíos.

El rostro plasmado en el vidrio se había tornado pálido y con una expresión clara de ansiedad. En ese tiempo como paciente, había vislumbrado cómo los cercos morados debajo de sus ojos y los desaliñados cabellos negros (evidencias del desinterés de Ella de arreglarse) fueron desapareciendo con los cuidados de la enfermera auxiliar. En ese momento, la muchacha de dieciséis años que le devolvía la mirada tenía el semblante recompuesto y una brillante cortina bruna hasta un poco más allá de los hombros.

Había ingresado una campesina deslucida y perturbada y salía una ciudadana de Blancura con aspecto imperturbable, distante y fresco. Sólo había un detalle, un único recuerdo que faltaba y, aunque crítico, el doctor Olinec resolvió en darle el alta de todas maneras.

—Ya lo recobrarás, Ella —le aseguró, despreocupándola.

Sí, la joven seguía llamándose Ella. La razón era simple: lo único que no recordaba era su nombre. La enfermera auxiliar opinó que era un caso muy particular y distinto a otros, puesto que el primer recuerdo de un amnésico global era el nombre del individuo. A Ella no le interesaban esas explicaciones, lo que quería era que se arreglara; ya que, ¿cómo podía ser

que sí recordaba el nombre de su madre *Maeva*, de su padre *Durán*, de su hermano *Efiso*, de su vecina *Lina*, incluso su apellido *Qualój*, pero no el suyo propio?

La misma ansiedad que le había hecho vestirse apresurada, hizo perderla entre sus pensamientos. Por lo tanto, perdida como se encontraba, no opuso verdadera resistencia cuando, a la salida del hospital, el guardia le pidió cordialmente que presentara su brazo. Ella así lo hizo y éste le inyectó en una de las venas un líquido espeso y cristalino con un pequeño aro centelleante de metal dentro.

¿Le dolió? No lo supo, el curso que tomaba su mente la había insensibilizado físicamente.

Luego, el guardia le hizo entrega de una mascarilla purpúrea de tela áspera y le indicó:

—No intente respirar por la boca ni por la nariz. El dispositivo que le acabo de introducir lo hará por usted dándole oxígeno a su sangre, ¿me ha entendido? Cuando ingrese a otro edificio puede sacarse la mascarilla, pero mientras permanezca afuera manténgala en su lugar. Dudo que usted quiera asfixiarse...

La muchacha asintió, colocándose el barbijo rápidamente. Creía que todo aquello era anormal, ya que, ¿para qué necesitaba que una especie de *microchip* respirara por ella? Sin embargo, cuando cruzó el umbral de la gigantesca puerta del hospital lo entendió todo.

Rebuscando entre sus frescos recuerdos, encontró en uno ciertas hablurías que sus compañeros de trabajo habían soltado en una ocasión. Se había dicho que la competencia de colonizar entre *Sangre* y *Blancura* había logrado la mayor conquista de planetas jamás llevada a cabo, y que en un tiempo cercano el hombre de la Tierra podía establecerse en uno de ellos y emprender allí una nueva vida. Ella comprobó en ese instante que las murmuraciones se habían convertido *casi* en realidad.

Había hombres y mujeres que caminaban apresurados por los pavimentos; sin embargo, no eran ciudadanos ni pueblerinos: sino militares uniformados. Unos portaban insignias; otros, placas. Algunos vestían boinas, cascos o la rapada cabeza descubierta; en caso de las mujeres, trenzas bien ceñidas sin una hebra de cabello fuera de su lugar. Había un gran número de atuendos austeramente verdes y de vez en cuando desfilaba un grupo de soldados de uniformes camuflados. Tenientes, cabos, suboficiales, coroneles y generales; todos se confundían a medida que cruzaban las calles.

La especie de *ciudad militar* tenía como único centro algo parecido a una plaza sin banquillos, dónde sólo se veía pavimento grisáceo, cajas de madera selladas con clavos y tanques de guerra por encima. El hospital por donde Ella acababa de salir, un cuartel general, uno de víveres, un militar, un cuartel maestro, uno de invierno, uno real y un edificio de producción eléctrica rodeaban la plaza. Ahí acababa todo rastro humano en aquel planeta.

Incontables postes de luz alumbraban derredor. La joven sabía que era de mañana, el mismo doctor Olinec se lo había asegurado; pero el estrellado cielo ensombrecido daba la sensación de noche perpetua. Cuando la enfermera del hospital corría las cortinas de su habitación, Ella no había reparado en el detalle que nunca había entrado luz por la ventana.

Siempre había creído que estaba en la Tierra. ¿Cuánto tiempo habría pasado inconsciente para que la trasladaran a otro planeta sin haberse percatado? Tal vez por lo mismo, la enfermera le había prohibido acercarse para mirar fuera.

No hacía frío ni calor. Todo era templado y silencioso. El único bullicio que se escuchaba era las pisadas maquinales y acompasadas de la marcha militar o de las frías conversaciones entabladas entre generales o comandantes en las esquinas de las calles.

Cruzó la plaza y se encaminó hasta el Cuartel General, donde Olinec le indicó que le harían tomar un vuelo en una astronave de ida a un refugio.

Ella se sentía muy extraña e incómoda en aquel lugar. Al ver las paredes pintadas de gris, ventanas grandes de vidrio grueso, banderines blancos y gente desconocida y de mirada terrible, la muchacha extrañaba aún más Seyfrid, el campo, la pala de excavar, su hermano, su madre... Sus ojos comenzaron a arder y tuvo que tragar reiteradamente veces para evitar derramar lágrimas.

Ellos ya no estaban. Tenía que ser fuerte. Lo único que le quedaba en el mundo era su propia persona. Y debía acostumbrarse a eso.

Se aproximó lentamente hasta la recepción del Cuartel General, donde un joven con una edad no tan dispar a la suya la recibió con una cálida mirada.

—Buenos días —saludó él, apartando de sí el abultado periódico que llevaba entre las manos. Su voz tenía una profundidad que pocas veces había escuchado.

—Buenos días —respondió Ella, quitándose el barbijo.

Inmediatamente, desvió la vista hacia un cartel expuesto al público donde habían resaltado varios anuncios que le llamaron la atención. Uno trataba sobre los horarios de los vuelos del día al más conocido refugio de los que los *colonizadores de sangre* tenían al mando. Y un segundo anuncio, consistía en los elementos necesarios para inscribirse a soldado de la Base Militar de *Blancura*.

Olvidando por completo al chico que esperaba que le explicara el motivo de su visita, Ella recordó los sentimientos que se venían aflorando en su ser desde algunos meses antes.

La señora de rizos castaños que había dibujado en su mente había resuelto ser su querida madre. Se acordó con gran pena y dolor cómo había perdido a su padre, y cómo el *colonizador* había disparado a su restante familia. Le costó mucho esfuerzo convencerse de que ya no tenía a nadie.

Ese pensamiento, que se hizo parte de su piel durante esas cuantiosas semanas, la llenó de insensibilidad y resentimiento. Y su corazón, marchito y joven, aprendió como antes había aprendido tantas otras cosas, a abominar a los *colonizadores de sangre*. Veía en ellos al asesino de su madre y hermano.

—De seguro también fue uno *de sangre* que raptó a mi padre —aunque era una idea improbable de verificar, para Ella era la más pura certeza.

En aquel aviso del cartel vio su gran oportunidad. Su venganza, la única razón por la que creía que no había muerto aquella vez, podría ser servir a las tropas contrarias a su odiado homicida.

Tenía dieciséis años y era mujer, ¿la aceptarían con facilidad? Lo dudaba, pero necesitaba arriesgarse. Puesto que no quería ir al refugio a convivir con centenares de huérfanos, viudas o ancianos afectados por la guerra en la Tierra. Quería sentirse útil como cuando tomó el papel de *padre* en Seyfrid, ya que en eso era en lo único que tenía práctica.

—Vengo a inscribirme para aspirante de soldado —balbuceó, con algo de turbación.

—¿Inscribirte? —el muchacho pestañeó intensamente y dibujó una pequeña sonrisa—. ¿Qué rango ocupabas?

—¿Ah?

—Sí, ¿qué rango ocupabas en el Ejército? ¿Soldado, cabo, teniente, oficial...?

—¿Por qué debería contarte sobre mi vida? —bufó Ella, confundida, logrando que la sonrisa del recepcionista desapareciera—. ¿No puedes limitarte a tomar mis datos así puedo comenzar con los entrenamientos o lo que sea que los soldados hagan?

—Mira, niña —ante la palabra “niña”, la joven apretó los puños e iba a replicar cuando el chico prosiguió—, te lo explicaré lo mejor que pueda. Cuando un miembro del ejército está hospitalizado, se lo da de baja hasta que se recupere. Todos los heridos críticos son traídos al hospital de este lugar: ya sean militares o simples civiles. Los civiles ya recuperados son llevados desde este Cuartel hasta el Refugio Esperanza; los militares, en cambio, tienen la libertad de decidir si abandonar su puesto y convertirse en civil debido a que el trauma es muy grande o han perdido alguna capacidad motriz irrecuperable, o continuar sirviendo en el Ejército. En este último caso, los hospitalizados se inscriben para continuar su servicio a *Blancura*. ¿Comprendes?

—¿Qué quieres decir con todo eso?

—Que sólo se inscriben aquí los militares hospitalizados dados de alta, como una renovación a la promesa de su servicio. Pero los civiles no pueden apuntarse en este Cuartel para iniciar la Escuela Militar. Eso se hace en el Instituto Blancura de Formación Castrense, allí te tomarán los datos y te dirán si estás apta o no para ingresar.

Luego que Ella asimiló cautelosamente toda la información, se atrevió a indagar lo más amable posible:

—¿Cómo llego al Instituto desde aquí?

—Bueno, apenas sepa de un Capitán o Comandante que vuele hasta Tierra Nueva, te meteré en el vuelo. Pero debo advertirte que puede tomar algún tiempo para que eso ocurra. Por lo general, las misiones que despegan de este planeta van a lugares de gran conflicto beligerante. Sin embargo, puede que tengas suerte de que alguna nave se desvíe.

Ella se mordió el labio inferior, asintiendo silenciosamente con la cabeza. Se pasó una mano por sus largos cabellos castaños y le echó un vistazo al muchacho.

—¿No causa gracia que yo quiera ser soldado? —inquirió, apoyando sus brazos en la mesa alargada de la recepción.

—¿Por qué? —parecía extrañado.

—Soy una chica...

—¡Ah! —soltó una carcajada tan sonora que Ella no pudo evitar sonreír al escucharla—. No, claro que no. En estos últimos tiempos, *Blancura* ha preparado miles y miles de mujeres en ámbito militar. Que seas una chica no será problema para que ingreses ni siquiera estando una vez dentro.

—¿Lo será el hecho que tengo dieciséis años? ¿No soy muy joven para la carrera?

—¿Dieciséis? —masajeó las sienes, desviando la vista hacia el metal de la mesa—. Luces de menos edad, si quieres mi opinión. Pero, tampoco es un problema —sus ojos se tornaron de pronto algo sombríos y Ella apartó sus brazos inmediatamente—. Son tiempos muy malos, se nos mueren muchos hombres, tanto civiles como en el Ejército. En cada oportunidad para reunir aspirantes a soldados, se reciben muchos menores de edad. Cuando digas tu edad en el Instituto nadie te verá sorprendido ni te rechazará. Están sumamente desesperados por personas que presten sus servicios, como para preocuparse si cumplen o no con los requisitos mínimos e indispensables.

Ella entrelazó sus dedos y volvió su mirada al cartel de avisos.

—¿Tú eres soldado también o un civil contratado por los militares?

—Era cabo primero —respondió él, alzando de nuevo sus ojos hacia Ella—. Pero, abandoné el cargo y me contrataron como recepcionista del Cuartel. Llevo aquí un año y medio.

—¿Por qué abandonaste? ¿Estabas herido?

—Estaba muy maltrecho, pero me recuperé pronto —indicó el muchacho. Por su voz cortante, Ella se dio cuenta que no sacaría más relato que ése—. Soy Severino, por cierto.

—Ella —murmuró la joven, como un suspiro.

—¿Ella quién?

—Ella, nadie —resopló, molesta—. “Ella” es mi nombre, idiota.

—¿Qué tipo de nombre es ése? —dijo el recepcionista, en son de burla.

—¿Qué tipo de nombre es “Severino”? —imitó, con la furia embotellada en su garganta.

El chico sonrió y continuó con su sarcasmo mal disimulado:

—Si tuvieras algún hermano, ¿se llamaría “Él”? Tus padres fueron muy originales. Apuesto que tienes una hermana de nombre “Yo”. Faltaría la

mascota llamada "Tú" y ya tienes a todas las personas del singular...

Ella dejó de tomárselo como una simple broma. Severino había tocado un tema muy controversial y delicado: su familia. Y no le había agradado en lo más mínimo. Hubiera llorado de tristeza o de frustración si esos meses turbios no le hubieran infundido indiferencia sensible y en casos de defensa: ira, mucha ira.

Por lo tanto, su reacción no fue una mala cara sumada a una contracción de dolor o de incomodidad, simplemente consistió en tomar a Severino *finamente* por el cuello, acercarse amenazadoramente a su rostro y escupirle cuan insulto se le cruzaba por la mente. Y no era que Ella tuviera un vocabulario de insultos propios de una dama, haciendo que el recepcionista quedara con el rostro entumecido de rubor y pudor. Claramente, nunca había escuchado en boca de una muchacha, groserías de ese estilo.

Sí, Ella comenzaba a ser despreciable. Y, aunque su conciencia le recriminaba sus actos, la joven no podía hacer otra cosa que proteger su historia pasada y su dolor siendo hostil.

Sabía que si era una persona amable y completamente encantadora, los demás se le aproximarían con gusto; y no era esto lo que la muchacha de dieciséis años deseaba. Ya que, según el criterio de Ella Qualój, lo que más necesitaba era que todos se alejaran de sí misma. La soledad sería su arma; el arma que la protegería de ser dañada otra vez.

—No quise meter a tu familia en esto —dijo Severino, con las mejillas aún sonrojadas—. Lo siento.

¿Lo sentía? La pueblerina arqueó las cejas. ¿No tendría que ser ella misma quien se disculpase? Pero no pudo pronunciar ninguna disculpa, por lo cual se limitó a ladear la cabeza y tomársela con ambas manos.

—¿Qué puedo hacer mientras espero? —preguntó, cuando se normalizó su respiración entrecortada y el recepcionista se mostró recuperado de la situación.

—No lo sé. Te podrías quedar conmigo en la recepción.

La muchacha lo había ofendido gravemente y Severino parecía ya haberse olvidado de todo. Sintió desconcierto desmedido y, luego, algo de admiración. El ex cabo primero carecía de la capacidad de tener remordimientos. Si es que tenerlos se lo podía considerar una capacidad.

—¿Aquí? —Ella vaciló un momento—. ¿No tendrás problemas con tus

superiores?

—No vienen muy a menudo —Severino se encogió de hombros y dibujó nuevamente una sonrisa entre sus labios pálidos—. Sólo deberás mantenerte sigilosa y no dejar que descubran que estás hospedándote en este sitio.

De pronto, el recepcionista apuntó una puerta grisácea que se veía a unos metros de la mesa de metal.

—Detrás de esa puerta, está mi habitación. Tú puedes dormir ahí mientras tanto.

—¿Y tú dónde dormirás? —indagó, recelosa, entrecerrando los ojos.

—Tranquila —rió Severino, levantando las manos en son de defensa propia—. Dormiré aquí, en la recepción. Tiraré una manta o algo. Ya me las apañaré.

—No.

El muchacho frunció el ceño, con confusión, a la negativa.

—No puedo —aclaró Ella—. Tú tienes que dormir en tu cama. Yo dormiré aquí...

—No lo permitiría nunca.

—¿Por qué no? —la rabia ascendía por el cuerpo pequeño de la joven.

—Porque eres...

Calló de repente al percibir la mirada lóbrega y vacía de Ella, la cual le ordenaba que no continuara la frase.

—Si dices que al ser una chica soy tan débil que no puedo dormir en el suelo, te arrancaré los riñones, Severino —el tono amenazante de su voz era claro y firme.

No por miedo, pero sí por no querer ofender a la que él consideraba una *niña*, el ex cabo aceptó la idea y no insistió.

—Está bien. Por ahora, siéntate a mi lado, sobre la losa. Para que nadie que entre pueda verte —indicó, resignado.

—No me des órdenes —dijo Ella, con frialdad.

Y sin otra palabra, se subió a la mesa de recepción para cruzarse hacia el lado opuesto y sentarse donde Severino le había indicado.

—Podrías haber rodeado la mesa en vez de haberte subido a ella —regañó el recepcionista, recibiendo por su reproche una mirada gélida e intensamente molesta por parte de la muchacha—. He notado que no te agrada que te corrijan ni que te ordenen.

—Pues, has notado bien —gruñó, cruzándose de brazos.

—Tendrás que trabajarlo —acotó Severino—. En el Ejército, para que puedas subir de rango y comiences a ordenar tú a los demás, tendrás que pasar por años de espera, bajo el mandato de numerosos superiores. Yo fui cabo primero luego de cinco años de ser simplemente un cabo. Y otros cuatro de soldado a cabo.

—¿Nueve años? Pero, ¿cuántos años tienes? —Ella arrugó la nariz, sin comprender.

—Tengo veintiocho, ¿es que no los parezco? A los dieciséis ingresé en el Instituto Blancura y fui herido por última vez a los veintiséis y un poco más. En ese preciso momento, comencé a trabajar de recepcionista hasta el día de hoy. En total serían once años de servicio al régimen.

—Impresionante —musitó la muchacha, mirando el techo—. O demasiado lento.

—¿Lento? ¿Qué quieres decir con *demasiado lento*?

—Debiste ser un soldado muy incompetente —explicó Ella, sonriendo con cierta malicia—, y por eso no podías subir rápidamente de cargo...

—¡Ja! —Severino desvió la mirada hacia la entrada del Cuartel—. Cuando estés en el Ejército, lo entenderás.

—¿Qué es lo que entenderé?

El recepcionista le tendió un formulario antes de responder, sombríamente:

—Para avanzar y subir, se necesita un esfuerzo sobrehumano. Y el esfuerzo aumenta cuando el cargo al que se aspira es superior al anterior. Los únicos militares que logran hacerlo sin gastar demasiadas energías y tiempo, son los que realmente tienen talento —Severino recorrió con sus ojos oscuros la menuda figura de Ella—. Dudo que tu físico tenga algún talento de fuerza ruda.

—¿Qué insinúas? —dijo, aceptando de mala gana el formulario, sin echarle un vistazo—. ¿Qué no serviré en las Fuerzas Armadas?

—Lo único que insinúo es que no es un juego, Ella —indicó—. No te tratarán como una princesa ni nada parecido. Los tratos son crueles y brutales, disfrutan todos de humillar a los que están por debajo de las maneras más miserables posibles. Las misiones no son mejores. Las calidades a las que estás por atarte pueden arruinar la vida, incluso matarte. Por mi parte, agradezco sinceramente el día en que me hirieron. Salí de un completo infierno. Y no puedo comprender que tú quieras entrar cuando yo agradezco de haber salido.

Ella tragó y bajó la cabeza. En su opinión, el refugio era mucho peor de lo que el Ejército sería nunca.

—No tengo opción.

—¡Claro que la tienes! —Severino sonrió levemente, como aliento—. Ir al refugio con los demás. Iniciar una vida nueva como civil, comenzar una familia, conseguir un trabajo menos arriesgado... Tienes varias opciones.

—No —negó la joven. No podía, retornar a una vida normal otra vez. Su vida ya había sido arruinada. Ella había sido arruinada, estaba rota. Y ningún refugio podía cambiarlo. Estaba convencida profundamente que no serviría para volver a ser la que había sido. Y cuando entrevió que el ex cabo iba a replicar, cambió de tema—. ¿Cuál es la razón por la que debo esconderme? ¿Por qué no tienen que enterarse que aún estoy en este lugar?

—A los superiores del régimen no le agradan que las personas se queden aquí por mucho tiempo. Intentan hacerlas circular. Ni siquiera los comandantes ni coroneles pueden quedarse. Sólo lo permiten a los heridos en el Hospital. Si te encuentran aquí, te harán subir al primer avión hacia el refugio.

—Dijiste que no hacen problemas para las mujeres menores de edad que quieran entrar al Instituto. ¿Por qué me obligarían a ir al refugio? ¿No les convengo en el Ejército?

—Sí, ¡claro que sí! —asintió—. Pero, Ella... No todos los días se hacen viajes a Tierra Nueva. Es muy rara la ocasión en que una nave se desvíe hacia aquellos lados. Y el régimen prefiere perder a un aspirante a soldado que arriesgarse a tenerte aquí más de lo debido.

—¿Por qué?

Severino rió.

—Aunque lo supiera, no podía decirte. Son secretos del régimen —dijo, señalando el formulario—. ¿Lo puedes llenar? Enviarán del Hospital al Comandante de la sección que te trajo para cerciorarse que te has ido. Ese formulario lo llenan los civiles antes de tomar la nave hacia el refugio. Si se lo presento, creerá que no estás aquí sino en la nave.

—¿Cómo lo sabes?

—Rutina, supongo —suspiró el recepcionista, descansado su cabeza en una de sus palmas—. Hacen lo mismo con todos los heridos dados de alta.

Ella se dispuso, con la última pizca de buena voluntad que le quedaba, a proporcionar los datos que el formulario exigía. Supo en ese instante que tenía, que *debía*, por memoria de su familia, llegar a formar parte de las milicias de *Blancura* por mucho esfuerzo que le requiriese.

Se quedó con ese pensamiento, que le supo, en un principio, dulce y liviano. *Soldado Ella*. Sonrió al imaginar su cabello trenzado, un par de pantalones camuflados y una camiseta tan nívea como la que llevaba.